

MARIO LUGO

# Empezar a morir



cuadernos del

serie



cuento



---

MARIO LUGO  
**Empezar a morir**

*serie cuento*  

---

**cuadernos del**  
**AZAR**



# Los amantes

Desertores de un ejército de una generación que languidece, Carmen y Manuel, expulsados por la miseria campirana, se instalaron en la periferia de la ciudad. Pertrechados sólo por el amor y una actitud incorruptible, excepcional, mantuvieron un ritmo de vida, quizá, si fuera posible escoger destinos, codiciado por todos. Conforme los alcanzó la vejez, el amor y la pasión de la juventud se transformaron en devoción y ternura. No vivieron bien, si de comodidad o las bondades del mundo moderno se trata. Pero se amaron siempre. Hasta que Carmen, después de una larga agonía dejó a Manuel sólo. Unos años después murió el enamorado también; se suicidó con su vieja bufanda, colgándose del barandal de su casa. El pequeño banco de madera se encontraba caído a un lado del cuerpo de Manuel. No necesitó de grandes alturas para emprender la retirada, pues cuando lo descubrieron estaba sentado, con las piernas extendidas, como si repentinamente lo hubiera sorprendido el sueño. Aunque la ropa y zapatos que llevaba puestos hablaban de la pobreza, murió como la mayoría de los suicidas, sin auxilio pero con dignidad. Ocurrió al medio día de un martes de primavera. Sufrió menos que Carmen, pues supuso que ella, en algún lugar, lo esperaba.



# Carmen

Carmen, de pelo blanco y abundante dedica largas horas a peinarse. El movimiento incansable y rítmico de su mano derecha sube y baja. Luego usa la mano de la argolla matrimonial. Cubre su rostro dejando caer el cabello hacia delante o hacia un lado. Lentamente, como de una cortina mágica emerge el hacinamiento de arrugas. Deja caer la cabeza hacia el lado opuesto y reinicia el ritual de hundir la peineta. Su voz pausada y grave es tajante, de una sonoridad agresiva. Muy lejos de la voz tierna de algunos ancianos. Aunque de escasa educación, la mujer deja al hablar una estela de contundente agudeza. El único hueco entre toda esa apacible violencia es el silencio prolongado; en este caso por el efecto del ritmo al peinarse.

Estos armisticios ocurren también cuando limpia los frijoles o en alguna eventual contemplación del fuego que rodea apenas el tazón sobre la estufa. La rutina que arrastra a Carmen hacia la ausencia.

A la mujer no le importa saberse observada. Al terminar de peinarse se dirige hacia la mesa, coge un alcatraz con frijoles y después de vaciarlo, con paciencia lo extiende y acercandolo a los ojos lee en voz alta: "se mató de una cuchillada en el corazón". Pobrecito —dice— ¡cuánto debió sufrir el pobre hombre! Mueve los ojos con avidez y encuentra otra nota: "robaron a una anciana". Alma mía de la señora —comenta sombría— cubriéndose levemente la boca. Deja el periodico y se acerca a la estufa.

—Mejor no saber, mejor no saber—, dice mientras se arregla la pañoleta hasta cubrirse la cabeza como una gitana. Destapa el tazón de nixtamal hirviente y con una señal de aprobación lo retira de la estufa y se dirige a la puerta.

Diariamente sale al patio de su casa y recargada en el barandal de madera, platica con alguna vecina que pasa por ahí. Luego vuelve a entrar a su cuartucho para esperar a que aparezca su esposo al anochecer. Así es, día tras día.



## Manuel y su juego

Durante el invierno Manuel salía a la resolana. Un pequeño espacio entre la puerta y la ventana de su casa. Salía en cuanto el sol, desgastado, emergía poco a poco en el horizonte. Acercaba un taburete viejo y se sentaba en espera de algún amigo, anciano como el, o quizá sólo para dejar avanzar el día hasta media mañana.

Esas estancias mañaneras eran como las reuniones de la niñez. Las esperaba noche a noche con deleite y hasta con ansias. Si el amigo esperado no aparecía sacaba del bolsillo de la camisa su cajetillade cigarros; lentamente, como iniciando un ritual. Luego leía una y otra vez la envoltura. Sonreía y apagaba un eventual suspiro. Se calaba el sombrero. Tosía un poco. Todos los movimientos eran una suerte de aplazamiento; una forma de retrasar la culminación de la ceremonia.

Como para sorprenderse a sí mismo, rasgaba repentinamente la cajetilla. Luego de unos golpecitos para provocar la salida del cigarro, lo sacaba despacio. Lamía suavemente en forma horizontal al pequeño prisionero. Disfrutaba el sabor dulce del papel de arroz que aprisionaba al tabaco. Levantaba la cara al sol para ver el fantasma del mundo hasta el horizonte. Bajaba la cabeza poco a poco mientras su mano nudosa hurgaba otra vez en la bolsa de la camisa, esta vez en busca de cerillos.

Al encender el cerillo se iniciaba el final del juego mañanero; repetido durante años y años. Una aspiración suave, luego la bocanada larga a pesar del frío. El sol y Manuel se veían momentáneamente. Era el juego, casi infantil, preferido por Manuel para iniciar el día.



## Telaraña

Al atardecer, Manuel, sucio de cal y tierra como casi todos los días, se sienta en el viejo taburete y se dispone a soñar despierto. Una forma mas de recordar. De repasar una y otra vez asuntos que se fueron quedando por ahí, entre la vigilia y el sueño de tardes moribundas. Frente a él, un sauce llorón y un rosal comparten un pedacito de mundo. El rosal escapa, torciendo sus ramas, de la frondosidad pesada y un tanto altanera del sauce. En su pequeño poderío el rosal, sigiloso, casi imperceptible, atraviesa la maraña. Busca un poco mas de sol. Entre las dos plantas, la luz del sol se regatea para dejarse querer después.

En esta ocasión, Manuel espanta sus recuerdos para observar la labor de un insecto. El sol mortecino, lejos de convertirla en sombra, fija la imagen de la araña a pesar del movimiento vertiginoso de sus ocho patas. El arácnido teje su fina red en un afanoso tránsito del sauce al rosal. Sube y baja, insinúa a veces ritmos de oscilación pendular.

Vista a distancia, la araña pasea sobre el vacío. Como equilibrista que pisa sobre el aire en un despliegue de magia. O quizá por efecto de un encanto fantástico, imposible. Corre de un lado a otro; concentrada en la elaboración de un tejido que desaparecerá muy pronto. Adherido al carácter efímero de su vida menor, el arácnido sólo deja ver premuras.

Manuel, fascinado ante el ejercicio de la araña, reconoce, ya casi al anochecer, que la telaraña es una obra maestra. No sólo es visualmente hermosa, también es una trampa ideal para una cacería, momentos mas tarde, apacible y segura. Cuando quedan atrapados los primeros mosquitos, Manuel decide retirarse a cenar. Esta vez cena jubiloso. Después de repasar y platicar con Carmen, acerca de los proyectos del día siguiente, se deja caer en su catre. Está dispuesto a soñar telarañas perfectas, en un mundo donde las escobas no existan. Donde los ojos, los sueños, no se acaban.



## Carmen y los jardines

Carmen, ya en la vejez, soñaba jardines y mañanas de primavera. Se soñaba despertar y abrir ventanas en de una casa muy grande en la que nunca había vivido. Después de deslizar las cortinas, de abrir de par en par cada ventana y haberse detenido en cada una a contemplar los inmensos jardines, salía a ellos. Se inclinaba para acariciar las flores: rosas, nomeolvides, camelias, gardenias, gladiolas, heliotropos, tulipanes; crisantemos blancos y amarillos que se veían, allá, casi al final. Todas las flores que había conocido las soñaba frente a ella. Las podía tocar. Largas hileras, cuadros, rombos, rectángulos, se extendían frente a ella. Luego se inclinaba a oler el olor sutil de algunas, embriagador de otras.

La casa de donde salía Carmen en su sueño ciertamente no era lujosa. Se parecía mucho a una que conoció en Parral, cuando era niña. Fue en una ocasión que junto con su hermana Elena –muerta desde hacía ya algunos años– acompañó a su padre de compras. Nunca las llevaba, a pesar de que esos viajes eran cada quince días.

Esa vez, Carmen –de apenas doce años– se quedó encantada por la casa blanca, sin adornos ni adoquines, rectangular, casi cuadrada, que miró al pasar rumbo al mercado del centro. Era una construcción con anchas ventanas y macetas colgando a los lados de cada una. Tenían dedos. Otras, unas flores pequeñas, parecían bugambilias. Afuera de lo que a Carmen le parecía un caseron, jugaban algunos niños una ronda de entonces. ¿Qué le vería a aquella casa? Quién sabe. Ahora la soñaba casi igualita pero rodeada de esos inmensos jardines. Dejaba de soñarla un tiempo y luego, otra vez. Con una recurrencia despiadada. Así, por muchos años.

–Si vieras que hermosos jardines, Manuel –comentó Carmen una mañana. Para agregar después de un largo silencio, pero no, ya no quiero soñar jardines, ya no.

–¿Por qué no? –preguntó Manuel– ¿No te gustan?

Carmen, quien toda su niñez vivió en carros de ferrocarril y ahora vivía en una casucha de las afueras de la ciudad, contestó que sí, le gustaban mucho. Pero que no, ya no quería soñar jardines.



## Café

Manuel tomaba café en una gran taza. Carmen se la hacía llegar siempre con una cuchara adentro, muy grande también. Como si fuera un tarro y con una firmeza impropia para su edad, levantaba el tazón y sorbía ruidosamente el líquido. Lo saboreaba con una sonante y un tanto escandalosa delicia, como los sátiros mitológicos saboreaban el vino.; sólo que en el caso de Manuel, esa ceremonia se realizaba durante las mañanas, antes de dirigirse al trabajo, o por las tardes, apenas al terminar la jornada. Eran los momentos del día más importantes para Carmen y Manuel. Cuando se comentaban los eventos del día, pero sobre todo, cuando Carmen dedicaba largos momentos a mirar a Manuel. Aunque la mujer sabía de memoria cada uno de los movimientos de su esposo los seguía como si los observara por primera vez, con un apacible recorrido. El hombre no se daba por aludido. Al tomar café de vez en cuando hacía movimientos rápidos para que la cuchara no le picara la nariz. Luego se limpiaba la barbilla y el borde de los labios en un intento por evitar que el café se le derramara por las comisuras, o definitivamente cayera en su vieja camisa. Los sábados y los domingos, esa precaución iba más lejos ante la vigilancia de Carmen. Una camisa de caqui era muy diferente a una camisa blanca o azul de rayitas. De cualquier manera cada dos o tres sorbos el ejercicio se repetía hasta agotar la bebida. Para Carmen esa experiencia matutina significaba un placer y también un consuelo por las largas horas de soledad del día que empezaba. Al terminar su café Manuel repetía las mismas frases: gracias a Dios por el cafecito. Te sale muy bien, Carmen. Ella preguntaba: ¿Quieres más? A lo que Manuel siempre se negaba, mientras se levantaba sacudiéndose los pantalones, como si se hubiera sentado en el suelo, para luego dirigirse hacia la red de ixtle donde depositaba los alimentos que Carmen le preparaba desde la madrugada. Se persignaba al salir y caminaba con pasos rápidos. Carmen levantaba la cortina que hacía las veces de mosquitero en la puerta del cuartucho y lo miraba alejarse. Hasta perderlo de vista por la callejuela.



equivocación. Estoy segura que si. Ese hombre no quería matar a Feliciano, por mas que se pareciera a mi hijo el muchacho que buscaba ese asesino. Lo que pasa es no tuvo donde meterse, donde esconderse. Todas las puertas cerradas. Alma mía de Feliciano, todas las puertas cerradas.

Carmen se acerca nuevamente a la estufa. Atiza algunos leños y al incorporarse comprueba, una vez mas, como hace veinte años, que los tomates de piedra se vuelven agua.



# Bernardino

Manuel despertó a las cinco de la mañana, como de costumbre. Realmente despertaba hasta una hora antes, pero por cortesía a Carmen no se levantaba. Claro que era una ingenuidad de su parte, puesto que Carmen despertaba quizá más temprano que él. Era una complicidad de silencio. No supieron desde cuando pero hacía tiempo actuaban con una coordinación extraña. Los rencores antiguos se fueron truncando, unos en cansancio e indolencia y otros –nunca lo hubiera imaginado– en ternura.

Carmen siempre esperaba hasta oír toser a Manuel. Muchas veces una tos fingida. Luego iniciaba la ceremonia del nuevo día.

–¿Ya recordaste? –preguntaba Carmen, mientras se colocaba boca arriba en el pequeño catre.

Puede decirse que nunca durmieron separados; pero con el paso de los años cada apareamiento se convirtió en una señal de lejanía. Por eso al terminar se daban la espalda. No por odio o desamor, sencillamente era un gesto que se sumaba a uno de sus tantos rituales. Minutos después, sin volverse, se buscaban los pies o las manos. Apenas se realizaba el mínimo contacto –que era como una reconciliación– y ya Carmen iniciaba un sueño profundo, plácido quizás.

Esa ceremonia se mantuvo por muchos años, hasta quedar sólo la costumbre de dormir de lado; con apenas la leve presencia de un fragmento de piel para espantar al desamparo.

Cuando los perros avisaron de la llegada de un extraño, Carmen alcanzó a oír una voz familiar. La impresión fue casi fulminante. Tiró el café y al precipitarse a la puerta estuvo a punto de caer. Es Bernardino, dijo deteniéndose súbitamente y buscando a Manuel. Durante la bienvenida Carmen lloraba mientras Manuel la invitaba a tranquilizarse.

Todos envejecieron un poco más durante ese momento. Más aún Carmen.

–Cálmate, no vaya a ser que te vuelva el ansia –le dijo Manuel. Guardaron un silencio pesado por unos momentos para luego dar rienda suelta a los recuerdos.



–Carmen no sueña, Bernardino –dijo Manuel entre presuntuoso y complacido.

–Todos soñamos –adujo Bernardino mientras sorbía un poco su taza de café. Lo que pasa es que a veces uno no se acuerda.

–Entonces no me quiere platicar, no quiere que sepa sus cosas. ¿Por qué no me platicará, Bernardino?

–Ah que Manuel –dijo Bernardino conteniendo la risa.

Bernardino era un amigo de la juventud. Se dejaron de ver quizá por más de veinte años y luego repentinamente apareció esa mañana. La vejez lo había encorvado un poco, pero según Manuel y Carmen no había cambiado nada. Llegó como llegaba muchos años antes; con un viejo libro en la mano, el sombrero de palma ligeramente ladeado sobre la derecha y con una disposición sorprendente al sarcasmo y a la ironía violenta. Ese día de su reaparición, les leyó unos versos de Antonio Plaza. Como en otros años, mientras almorzaba y tomaba café se declaró socialista, expresó todo su odio por el gobierno y recitó de memoria frases célebres de Nietzsche y Schopenhauer.

Manuel de vez en cuando argumentaba algo contra las palabras de Bernardino; pero generalmente las aceptaba de buena gana y a veces con regocijo. Para Carmen la experiencia mañanera de la visita fue fascinante. Sin desatender sus labores, mientras atizaba la estufa, molía el chile, calentaba las tortillas y preparaba, en fin, el almuerzo, disfrutaba de la conversación.

En el fondo le hubiera gustado que Manuel fuese como Bernardino, aunque hubiera sido un perseguido y tantas veces proscrito. Manuel sabía de los sentimientos de Carmen. Lo había ido descubriendo poco a poco. Pero nunca llegó a confirmarlo hasta esa mañana, más de veinte años después de la súbita partida de Bernardino a otras tierras. No estaba celoso. Sólo que, le hubiera gustado tanto complacer a Carmen en esas cosas que él siempre sospechó que le agradaban.



# Cosas

Piensan de la misma manera acerca de los objetos usados y viejos. Ese paralelismo no se formó a través de la discusión o del diálogo; más bien fue uno de los efectos de la vida tan difícil que les tocó vivir. Disfrutar como propiedad el exceso de cosas, no sólo nuevas, sino las que mantuvieron en buenas condiciones, nunca fue parte de su modo de vida. En cuanto a los alimentos, estos si fueron suficientes y muchas veces más de los que la pareja podía consumir. Sin embargo, ellos jamás se dejaron llevar por la gula. El horario estricto de las comidas y alguna forma de equilibrio o de conciencia de las necesidades de los demás, los condujo hacia la austeridad como estilo propio.

Pero una forma de codicia menor, inofensiva para los demás, por los objetos inútiles que según ellos podrían necesitar "el día de mañana" los acompañó desde la niñez. Manuel y Carmen acumulan objetos y más objetos. Diariamente dedican aunque sea un momento por las tardes o las mañanas para cambiar de un lugar a otro las cosas atrincheradas en el patio. Sobre todo Manuel. Al terminar sus labores, o los fines de semana, encuentra, por ejemplo, que aquella llanta usada y polvosa, portadora de un poco de agua de la última lluvia, no debería estar ahí; que sería mejor utilizarla como contención para el agua del fresno chiquito. Luego, recuerda que los clavos del hacinamiento de madera usada de allá del fondo hay que sacarlos porque uno nunca sabe. Piensa también que todas esas botellas de marcas desaparecidas o extranjeras, debería mejor tirarlas; al fin que nunca juntará las suficientes del mismo color para construir una barda de botellas, como la de la casa aquella de la colonia Anáhuac.

Esta ocupación, inútil a primera vista, es realizada con un interés profundo y afanoso; le permite a Manuel reconciliarse con un mundo existente en un lugar remoto; lo eslabona con labores complicadas llevadas a cabo por otros hombres de ocupaciones extrañas, tan lejanas a su cultura. Espacios que Manuel sólo habitará si recurre a la imaginación o a la fantasía. Sobre todo porque ya ha pasado el tiempo suficiente como para frecuentar



solamente por excepción, la hechura directa de las cosas. Porque el mundo de Manuel, su tiempo que languidece, no volverá. La factura de los objetos; el tallado, el moldeo y el cultivo de la tierra no es ya asunto suyo. Sencillamente porque su talento, sus habilidades, fueron dejadas atrás por un mundo de automatismo y disciplinas ininteligibles para él.

Así, Manuel va sometiendo a un orden estrictamente personal y afectivo los tiliches. Entre la idea del acomodo campesino y otra marginalciudadina, construye bardas con llantas viejas y piezas electricas inservibles; balastras, partes de automóviles, tablas viejas rotuladas en idioma extranjero, carretes para cobre; utilizados alguna vez por factorias del area industrial de la ciudad, piezas de embalaje de articulos extraños, plasticos, botes con innumerables tornillos, arandelas y clavos mohosos, tuercas, conectores; las más disímiles muestras del desperdicio y la fabricación de fragmentos, la mayoría de las veces, en última instancia, inútiles. Todo ese trabajo agotador de acomodo y reacomodo con la esperanza de esperar bien pertrechados los tiempos difíciles. Porque ya vienen, Carmen, ya vienen —le dice a su compañera.



## Cartas

Manuel escribía poco. Cuando lo hacía era con un ligero temblor nervioso, como cuando firmó su entrada a los Estados Unidos durante su período de bracero. Escribió entonces su nombre como si firmara algo grave; algo así como su propia condena o la constancia de la pérdida de alguien muy querido. El oficial de migración, de suyo impaciente y arrogante, le preguntó, con ese español chocante y deliberadamente afectado: ¿Sabes escribir o no? Manuel, cercano a los cincuenta años de edad en ese tiempo, contestó apacible, aunque firme, que sí; pero que escribía despacito.

Quizá el temblor de la mano de Manuel provenía de la ocupación siempre ruda a que la sometía. El trabajo del campo la eventual labor en la construcción lo hacían tomar el lápiz o la pluma como quien toma un pequeño objeto escurridizo que se perdía en los pliegues de su mano. Los grandes dedos, de uñas sucias y cortadas al ras, apenas lograban sujetar la pluma. Aún cuando su cuerpo y su rostro expresaban serenidad, el juego de su mano con el objeto daba la impresión de inseguridad. Visto de lejos era la postura de un hombre casi inmóvil. Ensimismado en los signos que poco a poco perseguía.

Durante su estancia en el extranjero fue cuando más escribió Manuel. Al principio se resistió todo lo que pudo; sin embargo, el transcurso del tiempo y las constantes cartas de Carmen, lograron empujarlo hacia ese ejercicio tan ajeno a él. Lo que lo apenaba al principio era la suave escritura de su mujer. Escribir su primera carta fue lo más difícil, ya iniciada esa práctica, decidió continuarla por el descanso que experimentaba una vez echada la carta al buzón. Era un placer similar al que representaba para él, el final de una larga jornada, o el término de una tarea muy agobiante.

Poco a poco fue notando, sobre todo cuando leía cada carta antes de enviarla, que por escrito era capaz de decir a Carmen cosas que jamás las diría frente a frente. Le hablaba del gran amor que sentía por ella. De la nostalgia que le provocaba vivir en un país que realmente le desagradaba; sobre todo por el idioma, ese atropello constante de palabras.



Le confesaba con tristeza el dolor tan intenso que sufrió él también cuando el hijo de ella murió; aunque entonces se haya hecho el fuerte para llorar lo menos posible. Reconocía lo difícil que era ser muy hombre en esas situaciones. Le confesaba algo que por otro medio le hubiera sido imposible confesar, no sólo a ella, sino a cualquiera; que lloraba por las noches, en silencio, y lo peor, Carmen; sin estar borracho. Lloro por ti, Carmen. También lloro por Feliciano ¡tan bonito que estaba de chiquito! Esto tampoco me lo vas a creer, mujer, lloro también por México. Me acuerdo de lo poco que hay por allá a pesar de lo bonito, y no se, me da mucha tristeza. No entiendo de donde sale tanta necesidad entre nosotros; ni de donde sale tanta cosa buena por acá.



## Ese extraño paraje

Al encender la luz del aparato un fulgor amarillo y parpadeante se extendió por el cuartucho. Manuel rara vez llegaba tarde a casa. En esta ocasión tuvo que esperar al velador de la construcción hasta muy entrada la noche. Tal como lo supuso, Carmen había decidido no esperarlo. Hecho que al comprobarlo, mientras se acostumbraba al cuartucho en penumbras, le provocó un leve vacío en el estomago; tristeza o un desamparo que a él le parecía ridículo reconocer.

Manuel dirigió su mirada cansada al cuartucho hasta detenerla en el viejo catre. De respaldos metálicos tubulares, la cama, aún en el marco miserable, a Manuel le provocaba una sensación de comodidad muy placentera y de vez en cuando, un sentimiento inaudito de aproximación al lujo. Carmen dormía boquiabierta, sus arrugas apaciguaron su violencia seguramente por la reflexión previa al sueño. Su cabello largo y blanco caía sobre los hombros mientras su mano izquierda sobre el estomago, y la derecha a lo largo del cuerpo, daban fe de una absoluta paz. Del nacimiento de una abrupta oscuridad proveniente de su boca desdentada salían pequeños estertores. Llevaba una blusa café con caracoles muy pequeños. Los mismos que desde que Manuel los vio por primera o segunda vez preguntó a Carmen: ¿Pos que animales son esos, Carmen? Esa pregunta quizá se había hecho años atrás; para luego repetirse con insistencia, primero algunos domingos, después de vez en cuando, hasta hoy en que Manuel la observaba con atención amorosa.

Una falda de manta que hacía las veces de fondo se recogía sobre las rodillas, una de ellas ligeramente flexionada hacia un lado. Carmen nunca usó pantaletas. Ahora, la visión de un pubis pobre en pelambre y una hendidura descompuesta en una raya mal trazada, interrumpida por los labios vaginales ligeramente pálidos, sorprendió a Manuel. Luego le entristeció. Estaba inmóvil ante la visión de ese plácido lugar alguna vez excitante y delicioso. Recorrió con la vista una y otra vez ese paraje de flacidez y flacura. Le



sobresaltaban un poco los movimientos involuntarios de la cara de la durmiente. Si despertara seguramente le turbaría saberse descubierto por su mujer en un acto inexplicable aún para él mismo. Las rodillas y tobillos enjutos, los pies maltratados, liquidaban la amabilidad de aquellas piernas alguna vez poderosas. Por un momento pudo renovar con un mínimo esfuerzo otros tiempos. Volvió la voluptuosidad de ese pubis adorable, donde chupó tantas veces las ansias, frescas entonces. Volvieron también la tibieza y la tersura de las piernas, el tránsito ávido de su lengua por los pechos de Carmen. Entonces lo embargó una súbita ternura y cubrió con suavidad el cuerpo indefenso. Se desvistió con rapidez hasta quedar en calzoncillos largos y su vieja camiseta. Un soplido a la leve llama del aparato trajo la obscuridad nuevamente. Y mientras empujaba suavemente a Carmen, se abandonó al sueño.



## Colchón viejo

Manuel se sentó en cuclillas a dibujar pequeños senderos en la tierra. Con su navaja mohosa de mango blanco señalaba, como estratega frente a un enemigo invisible, escuetos territorios vedados por la simple fuerza de su serena voluntad. A la derecha de Manuel la puerta de su cuartucho daba cabida a una cortina de tela que guardaba rastros de dibujos de grandes flores cafés que ahora mostraban un tímido colorido. Esa tela casi transparente hacía las veces de mosquitero. Apenas ayer domingo había encalado la fachada de su casa y una alegría parecida a la que experimentaba cuando se compraba zapatos nuevos, o un chal para el frío de carmen, su mujer, le acompañaba por algunos días. Era un sentimiento que lo enorgullecía. Su orgullo crecía cuando acompañando al saludo mañanero recibía la felicitación de los conocidos que pasaban frente a él.

—Bonita le quedó la casa, Manuel.

—Adió ¿Tanto así, oiga —inquiría. —Seguro —contestaba el amigo.

La sombra de la pared le debía frescura a las rodillas y a los pies de Manuel. El sol se perfilaba por entre los dedos maltratados por el tiempo y la tierra que se acomodaban con ajuste perfecto, como la cáscara de los grandes álamos, en sus huaraches de tres agujeros. Cuando el sol, al avanzar la mañana, calentaba sus rodillas se frotaba un poco como para calmar una mínima dolencia.

¿Quién será ese hombre? pensó Manuel cuando vió calle abajo la figura de Bernardino, su amigo de siempre, que avanzaba lentamente con un viejo colchón individual a la espalda. Desde su sitio Manuel observaba el tesón de Bernardino quien con lentitud penosa se acercaba. La frente arrugada del atormentado se perlaba de sudor mientras una contracción nerviosa le torcía la boca desdentada que mostraba el triste espectáculo de un hueco como de agujero en el terreno baldío, parecido al que dejan las serpientes en el verano. Cuando Manuel descubrió de quien se trataba ya Bernardino estaba muy cerca. Manuel se incorporó como un resorte que escapa a la prisión de una máquina.



–Hombre, Bernardino, cómo voy a saber que eras tú el que traía tamaño colchonsote en el lomo.

Bernardino se detuvo tambaleante y dejó caer el viejo colchón que levantó una polvareda que ambos ignoraron. El grueso sudor que resbalaba por las arrugas de Bernardino se confundía con un par de lagrimones. Se limpio con brusquedad las mejillas con su mano áspera y temblorosa.

–Dejé la casa –murmuró– quiero que me des posada.

Manuel no pudo evitar un súbito sentimiento de rencor hacia Felícitas, la esposa de Bernardino, y hacia sus hijos que no hacían gran cosa para ayudarlo. Desde el treinta –pensó– le vengo diciendo que arregle de una vez su asunto. ¿Para qué tanto sufrimiento? Válgame Dios. Mientras Bernardino se dejaba caer en el banquito de madera de Manuel éste levantaba el colchón viejo y trataba de devolver la borra parduzca introduciendola por las rasgaduras, dijo dirigiéndose a su amigo que se recuperaba: esto se está deshaciendo, mi amigo.



## Son celos, Manuel

Esa tarde le platicó lo del accidente. Le confesó que en realidad había intentado suicidarse. Fue por lo de don Antonio, un viejo que vivía a dos casa de donde ellos vivieron los últimos treinta años. Por eso se lanzó a la avenida para que lo matara un carro. Don Antonio era un hombre muy platicador; de vez en cuando tomaba, entonces hablaba más aún; hablaba cosas de Carmen. Nada delicado; pero Manuel veía en el brillo de sus ojos algo que le incomodaba.

—Mejor váyase callando, Antonio. Usted ya tiene sueño, le dijo alguna vez Manuel, muy cerquita de la violencia.

Don Antonio volvía del trabajo un poco más temprano que Manuel. Eran más o menos de la misma edad, casi setenta años. El vecino trabajaba vendiendo fruta en el centro de la ciudad, pero no le gustaba trabajar de noche. De tal manera que más de una vez Manuel lo sorprendió hablando con Carmen, su esposa, mientras lo esperaba, como de costumbre, recargada en el barandal de madera que rodeaba la casa. A Manuel, como a todos los hombres que padecen el mal de los celos, lo perdió la imaginación. Eso se lo dijo muy claro a Bernardino.

—Noches enteras si dormir, Nino —le confesaba Manuel apesadumbrado. Sólo Carmen le llamaba Nino. Ahora quizá por la pena había adoptado Manuel las palabras de la mujer.

—Sin razón Manuel.

—Quién sabe. Pero así las cosas la vida es una brizna.

—¿Y...?

—Por eso me tiré a los carros. Morirme es lo único que...

—Ah que Manuel, tan viejo y tan enamorado.

Oportunidades le sobraban a Manuel para confesarle a Carmen el motivo de la falta de apetito y sueño. Algo lo acobardaba y se limitaba a mirarla largamente. Ella se dejaba contemplar ya fuera mientras cocinaba, cuando se acercaba los periodicos a la cara para



leer mejor, durante el tiempo que dedicaba a peinar su larga cabellera blanca, o desde lejos mientras barría el frente de su casucha o regaba las macetas que pendían de las paredes.

—¿Me ves porque me quieres, o porque estás triste?

—La vista es muy natural —contestó Manuel taciturno.

La verdad es que la mezcla explosiva de rencor, tristeza y ese otro sentimiento que lo aturdía y en momentos le enervaba los sentidos, no lo dejaban vivir. Veía a Carmen para asegurarse que era la misma mujer, su mujer, de toda la vida. ¿Qué podía atraerle de ese viejo hablador? La imaginaba conversando con esa serenidad tan suya, acerca de eventos que por algún motivo él no compartía a pesar de que siempre se sintió seguro de haber estado todo el tiempo ahí, junto a ella.

¿Qué fue lo que no se te concedió, Carmen? le hubiera gustado preguntar. Pero la posibilidad, y pensarlo lo cegaba de rabia, existía de que don Antonio hubiera sido la pareja que ella siempre soñó, su verdadero hombre. Manuel sabía que bastaba con ordenarle a su mujer que dejara de hablar con el intruso; pero tenía miedo de la sorpresa de Carmen; del fulgor de sus ojos claros en su turbación y su vergüenza si todo era una suposición suya. La imaginaba acercarse como para que Manuel pudiera constatar los pliegues creados por las arrugas en su cara que alguna vez fue fresca. Luego seguramente sonreiría con su boca desdentada; quizá lloraría un poco y le reprocharía su locura. Manuel no podría evitar sentirse no sólo ridículo, sino injusto. O quizá, su mujer sólo le echaría en cara, entre divertida y enfadada, los celos tan fuera de lugar, de su tiempo. Viejo fallo, le diría, estás celoso. Para luego tomarle por un momento la mano y frotarla brusca y cariñosamente. Le despeinaría un poco el abundante pelo canoso. Y él, finalmente se sentiría gratificado, agradecido, porque el mundo sigue siendo el mismo; entonces dormiría profundamente otra vez. Manuel, mientras deja volar su imaginación, sentado al atardecer en su vieja silla de madera, ve acercarse a Carmen y la detiene con brusquedad.

—Carmen, tu quieres que me muera ¿verdad?

—¡Alma mía! No pienses eso, viejo tonto. Anda vamos a cenar.



## Carmen enferma

El leve resplandor de aparato, su llama apenas iridiscente, da a los viejos muebles una permanencia lejana. El gris oscuro, interrumpido por el parpadeo azul verde de la flama, hace que, a pesar de la tenue luz del atardecer y la del aparato, el interior del cuartucho adquiera la calidad de lo sólido y lo perene. Con sus manos, una sobre la otra, apretando firmemente el bastón, Manuel mira como quien ve la oscuridad; con insistencia y ansias. Ve hacia el catre frente a él. Carmen está de lado, en posición casi fetal, está enferma. Cuando quiso voltearse hacia la pared o boca arriba, Manuel le pidió que no lo hiciera, que se mantuviera frente a él para verle la cara, para verse la cara uno al otro.

Al atardecer o al anochecer, según la época del año, Manuel aparecía red en mano. Carmen no comentaba nada, luego poco a poco preguntaba cosas sin importancia para luego intercalar una frase tierna. "Te serví el café esta taza porque se que te gusta". O quizá: "Ay viejo, se me hizo tan largo el día". Para entonces pasar a otra cosa y hablar de la carestía o de amigos casi olvidados o muertos. Del pequeño rancho que tuvieron. de lo noble que era aquel caballo, aquel pintito ¿te acuerdas?

Manuel sabe reconocer a la muerte. La está esperando. Aunque parece tranquilo tiene una rabia que no puede contener. Carmen abre los ojos y quiere decir algo. Su boca sin dientes apenas si balbucea.

-¿Quieres agua? -pregunta Manuel.

-Tantita -contesta la enferma.

Manuel se dirige hacia una olla de peltre descarapelada que se encuentra sobre la vieja mesa. Coge un vaso y entrega el agua a Carmen. Esta, con su mano enjuta, trémula, trata de acercarla a la boca. Manuel la ayuda pero Carmen apenas prueba el agua.

-¿Te sientes muy mal, mujer? -pregunta Manuel poniéndole suavemente la mano sobre la cabeza. Ella no contesta, sólo pone su mano sobre la del anciano.

Manuel queda junto a Carmen apenas sentado en la orilla del catre. Ella ve la mano de su esposo sobre el bastón. Recuerda como gustaba de los caramelos que vendían en el ferrocarril y por un momento el traqueteo del viaje se hizo presente. Luego piensa en las manos de Manuel, como le gustaban, como le gustan.



## Empezar a morir

Supo que el fin se acercaba un martes por la mañana mientras barría el piso de tierra del cuarto donde vivía. Barrer era un ejercicio que realizaba todos los días pero que para ella no representaba lo mismo siempre. Había días en que sólo era un movimiento maquinal que ocurría como en un sueño tranquilo, sin dejar una sola huella en su vida. Otras ocasiones se convertía en un móvil para remitirla hacia tiempos mejores. El desarrollar esa tarea implicaba los suficientes movimientos como para exigirle un mínimo de concentración en su pequeño mundo; salir al patio de su casa y sumergirse en ocasiones un poco, a veces demasiado, en la cavidad del barril de doscientos litros donde almacenaba el agua y descubrirse en el espejo redondo del depósito; viajar luego con la cubeta hasta el interior del cuarto y rociar pacientemente el piso metiendo una y otra vez los dedos en el agua, disparando chisquetazos a un lado y a el otro hasta dejar en el ambiente un olor a tierra mojada que la enervaba y le cambiaba el ánimo hacia un tono festivo, que eventualmente la llevaba a entonar viejas melodias. Varita de nardo. Adiós mama Carlota. El barzón. Cuando tenía encendido el radio portátil, y escuchaba canciones norteañas o polkas, bailaba alegremente en la soledad mañanera y terminaba exhausta.

El olor a tierra mojada llegaba como en una ceremonia sacra, poco a poco. Penetraba en su nariz como un golpe sutil, luego pasaba a su garganta hasta hacerla experimentar una dulce invasión en todo su cuerpo. El enervamiento entonces la desbordaba. La remitía al pasado remoto: la visión de su padre con la cara rebozante de alegría frente a las grandes hileras de surcos de su pequeña propiedad de entonces; cuando se encapotaba el cielo y las primeras gotas de lluvia cambiaban la imagen del mundo. Ella y su hermana Elena, se tomaban de la mano para entonar alegremente la ronda de siempre:

Que llueva, que llueva  
la virgen de la cueva  
los pajarillos cantan  
la luna se levanta...

Entonces era muy feliz, pensaba Carmen. En ocasiones esos recuerdos la llevaban



hacia momentos pasajeros de postración y se retiraba hacia su pequeño catre y lloraba un poco. Lloraba no tanto por haberlo perdido todo, porque en ella no existía ese sentimiento, sino por la brevedad de la vida. Era la felicidad de haber vivido y la pena de recordar. Lamentaba, si, que Manuel no estuviera cerca esos días de entre semana en que la asaltaban esos sentimientos. Eso era todo. Pero también había aprendido en el transcurso de los años que hay cosas que se tienen que vivir en la soledad aunque se esté rodeado de gente. Se preguntaba entonces quien la podría estar necesitando y ella sin saber siquiera, sin cuando menos un presentimiento. Terminaba su viaje con un gran suspiro y la búsqueda de la escoba.

Ese martes fue un poco diferente. En días pasados le habían ocurrido cosas raras. La figurita aquella de imitación cerámica que le había comprado Manuel más de quince años atrás, la encontró de repente arriba de la pequeña cómoda. La última carta que le escribió su hijo cuando se fue a trabajar al otro lado, esa por la que tanto lloró, poco después de su muerte, al no poderla encontrar, la halló metida en una hendidura del colchón de abajo de su catre. En el patio se topó entre los tiliches el banquito donde se sentaba Bernardino cuando los visitaba por las tardes.

Tenía con mucha frecuencia en esos días la clara impresión de que las cosas perdidas mucho tiempo atrás aparecían de pronto con el sólo llamado de la evocación. Cuando se lo comentó a Manuel, la miró como la miraba siempre que le hablaba de presentimientos y fantasías, con algo de diversión y reverencia, con amor también quizá. Si lo que le ocurrió no hubiera llegado también con esas brutales depresiones en el pecho no le hubiera importado. Ese martes fue diferente. Cuando se dirigió a recoger la escoba para iniciar la fase final de su tarea, la depresión en el pecho la derrumbó completamente en el suelo. Mientras caía, sin poder controlar su angustia, pensó en que era muy temprano aún para que Manuel volviera de su trabajo. No podía gritar. Con la cara en la tierra mojada, a pesar del terrible dolor que le sofocaba el pecho, decidió callar y esperar, dormir un poco tal vez. Mientras aparecía Manuel, su compañero hasta hoy en que sus arrugas se ensuciaban de tierra y que su boca sin dientes, al contacto con la humedad, la hacían soñar la ronda que cantó, que canta, que ahora sueña.





Revista de literatura  
Chihuahua, México

